

1. **Leer** – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. **Meditar** – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. **Reza** – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. **Contempla** – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

- [1] Lectura Espiritual, *San Cirilo de Alejandría*
- [2] Lectura Espiritual, *San Cirilo de Alejandría*
- [3] 2 Corintios 5: 17
- [4] Gálatas 2:20
- [5] Gálatas 2:17-18
- [6] Romanos 8:35, 38-39
- [7] Marcos 8:36

**SIGN UP free for  
Link to Liturgy**



# ¡Conexión Directa!

- ¿Qué dice el Evangelio según Juan 14:15-21 - pg. 1
- ¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3
- ¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

## Lectura del Evangelio – Juan 14:15-21 – Misal Romano

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: “Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos, y yo rogaré al Padre y les dará otro Protector que permanecerá siempre con ustedes, el Espíritu de Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Pero ustedes lo conocen, porque está con ustedes y permanecerá en ustedes. No los dejaré huérfanos, sino que volveré a ustedes. Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero ustedes me verán, porque yo vivo y ustedes también vivirán. Aquel día comprenderán que yo estoy en mi Padre y ustedes están en mí y yo en ustedes. El que guarda mis mandamientos después de recibirlos, ése es el que me ama. El que me ama a mí será amado por mi Padre, y yo también lo amaré y me manifestaré a él.”

## Lectura Espiritual

*Del comentario de san Cirilo de Alejandría, obispo, sobre la segunda carta a los Corintios*

Los que poseen la garantía del Espíritu y la esperanza de la resurrección, como si poseyeran ya aquello que esperan, pueden afirmar que desde ahora ya no conocen a nadie según la carne: todos, en efecto, somos espirituales y ajenos a la corrupción de la carne. Porque, desde el momento en que ha amanecido para nosotros la luz del Unigénito, somos transformados en la misma Palabra que da vida a todas las cosas. Y, si bien es verdad que cuando reinaba el pecado estábamos sujetos por los lazos de la muerte, al introducirse en el mundo la justicia de Cristo quedamos libres de la corrupción. Por tanto, ya nadie vive en la carne, es decir, ya nadie está sujeto a la debilidad de la carne, a la que ciertamente pertenece la corrupción, entre otras cosas; en este sentido, dice San Pablo: Si alguna vez juzgamos a Cristo según la carne, ahora ya no. Es como quien dice: La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y, para que nosotros tuviéramos vida, sufrió la muerte según la carne, y así es como conocimos a Cristo; sin embargo, ahora ya no es así como lo conocemos. Pues, aunque retiene su cuerpo humano, ya que resucitó al tercer día y vive en el cielo junto al Padre, no obstante, su existencia es superior a la meramente carnal, puesto que murió de una vez para siempre y ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él, porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios. Si tal es la condición de aquel que se convirtió para nosotros en abanderado y precursor de la vida, es necesario que nosotros, siguiendo sus huellas, formemos parte de los que viven por encima de la carne, y no en la carne. Por esto, dice con toda razón san Pablo: El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo

antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Hemos sido, en efecto, justificados por la fe en Cristo, y ha cesado el efecto de la maldición, puesto que él ha resucitado para librarnos, infringiendo el poder de la muerte; y, además, hemos conocido al que es por naturaleza propia Dios verdadero, a quien damos culto en espíritu y en verdad, por mediación del Hijo, quien derrama sobre el mundo las bendiciones divinas que proceden del Padre. Por lo cual, dice acertadamente san Pablo: Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo, ya que el misterio de la encarnación y la renovación consiguiente a la misma se realizaron de acuerdo con el designio del Padre. No hay que olvidar que por Cristo tenemos acceso al Padre, ya que nadie va al Padre, como afirma el mismo Cristo, sino por él. Y, así, todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió y nos encargó el ministerio de la reconciliación.

### Vida en Cristo – Lección y Discusión

*“Yo estoy en mi Padre y ustedes están en mí y Yo en ustedes”*

En la lectura espiritual de San Cirilo de Alejandría, se nos recuerda, “ahora que la justicia de Cristo ha encontrado un lugar en nuestros corazones nos hemos liberado de nuestra antigua condición de corruptibilidad.” Así se desprende directamente de lo que aquí, en el Evangelio de hoy Jesús nos dice: “yo estoy en mi Padre y ustedes en mí y yo en ustedes.” ¡Dios está en nosotros! Hemos recibido el don del Espíritu Santo a través de nuestro Bautismo y Confirmación. Hemos sido liberados de nuestra condición anterior y que ya no están sujetos a las debilidades de la carne. **¿Qué significa “nuestra condición anterior”?** Después de la caída del Jardín del Edén, todos los seres humanos nacen en pecado original y están sujetos a sus efectos. Nuestra naturaleza humana es ahora caída por debajo de lo que Dios quiso que fuera y no hay nada que podamos hacer de nuestra propia cuenta para cambiar esa realidad. “Nuestra condición anterior” se refiere a la verdad de que tenemos concupiscencia, los deseos de la carne que andan desordenadamente e imposible de controlar sin la ayuda de la Gracia. Debido a estas tentaciones y los fracasos que siguen inevitablemente, nuestra condición significa que todos nos merecemos la muerte y el infierno. ¡La buena noticia es que todo cambió debido a la justicia de Jesucristo! “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros; sufrió la muerte en la carne, a fin de dar vida a todos los hombres.”[1] Lo que Cristo logró fue una restauración de nuestra naturaleza humana no sólo para el estado que tenía antes de la caída, pero a una altura sobrenatural. Puesto que Jesús hizo todas las cosas justas por su muerte y sufrió por todos nuestros pecados y merecidos castigos, “hemos sido justificados por la fe en Cristo y el poder de la maldición se ha roto.” [2] Dios es el que nos reconcilió consigo mismo por Cristo. **¿Por qué no podemos seguir siendo como somos ahora?** ¡No podemos permanecer en esa condición anterior de maldad e ignorancia, porque Dios está en nosotros! “Si alguno está en Cristo, es nueva criatura; las cosas viejas pasaron; he aquí que todas son hechas nuevas.”[3] **¿Cómo podemos llegar a ser “nuevas creaciones”?** Nos convertimos en “nuevas criaturas” al convertirnos en “embajadores de Cristo” y cooperando con la actividad del Espíritu Santo. Nuestra vieja condición de la concupiscencia pecaminosa debe

morir y hay que dejar de lado todos nuestros deseos y acciones pecaminosas. San Pablo de manera concisa lo resume, “He sido crucificado con Cristo; y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí.”[4] Debemos crucificar nuestros deseos y todas nuestras propias debilidades personales con Cristo; debemos entregar nuestras vidas y poner el control de nuestras vidas en manos de Dios. Entonces podremos decir con San Pablo “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.” Obviamente, mientras estamos en la tierra, todavía tendremos vida en la carne de nuestros cuerpos. Nuestras vidas terrenales deben caracterizarse por nuestra fe en Jesús, el Hijo de Dios que nos ama y dio su vida por nosotros. Esa creencia ha de impregnar todo nuestro ser y tiene que afectar a cada elección que hacemos y todas nuestras acciones. **¿En qué áreas hemos entregado el control de nuestras vidas a Dios? ¿En qué áreas fue más difícil? ¿En qué áreas fue menos difícil? ¿Qué pasa si no cambiamos nuestras vidas después de encontrar la verdad en Cristo?** Si decidimos no cambiar nuestras vidas y convertirnos en nuevas creaciones, eso puede significar una de dos cosas. Podría significar que no estamos en Cristo y no tenemos fe en su vida y enseñanzas. En ese caso, Cristo no estaría en nosotros y no estaríamos en el camino de la rectitud. También podría significar que estamos eligiendo pecar contra Dios. San Pablo explica, “Pero si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros mismos hemos sido hallados pecadores, ¿es entonces Cristo ministro del pecado? ¡De ninguna manera! Porque si vuelvo a edificar lo que una vez he destruido, me pruebo a mí mismo como un transgresor.”[5] Una vez que vemos el error del pecado, estamos llamados a recibir el perdón de Dios y arrepentirnos. Si por el contrario, optamos por permanecer en el pecado o volver a caer en él, entonces estamos abandonando nuestra identidad en Cristo y estamos renunciando a nuestra herencia como hijos de Dios. **¿No estamos aún sujetos a la condición de la corruptibilidad (es decir, aún sufrimos y morimos)?** Sí, todavía estamos sujetos a los efectos de la corruptibilidad; aún sufrimos y morimos en la carne. Podemos ser llamados a sufrir grandes tormentos y torturas en nuestra carne o morir una muerte dolorosa. Sin embargo, podemos consolarnos con el hecho de que si nos mantenemos fieles, nunca podremos perder nuestra vida en el Espíritu ni nuestra relación con Cristo. “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? ... Pues estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, el cual está en Cristo Jesús nuestro Señor.”[6] Podemos perder los placeres del mundo, sin embargo, incluso a través del dolor, la persecución, el sufrimiento y la muerte preservamos nuestra alma. Nuestro Señor nos pregunta: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” [7] Si un hombre puede perder su alma en medio de ganar el mundo, también es cierto que en medio de asegurar su alma, el hombre puede perder el mundo. Muchos han tenido que perder la vida exterior del mundo con el fin de obtener y preservar la vida interior del alma.